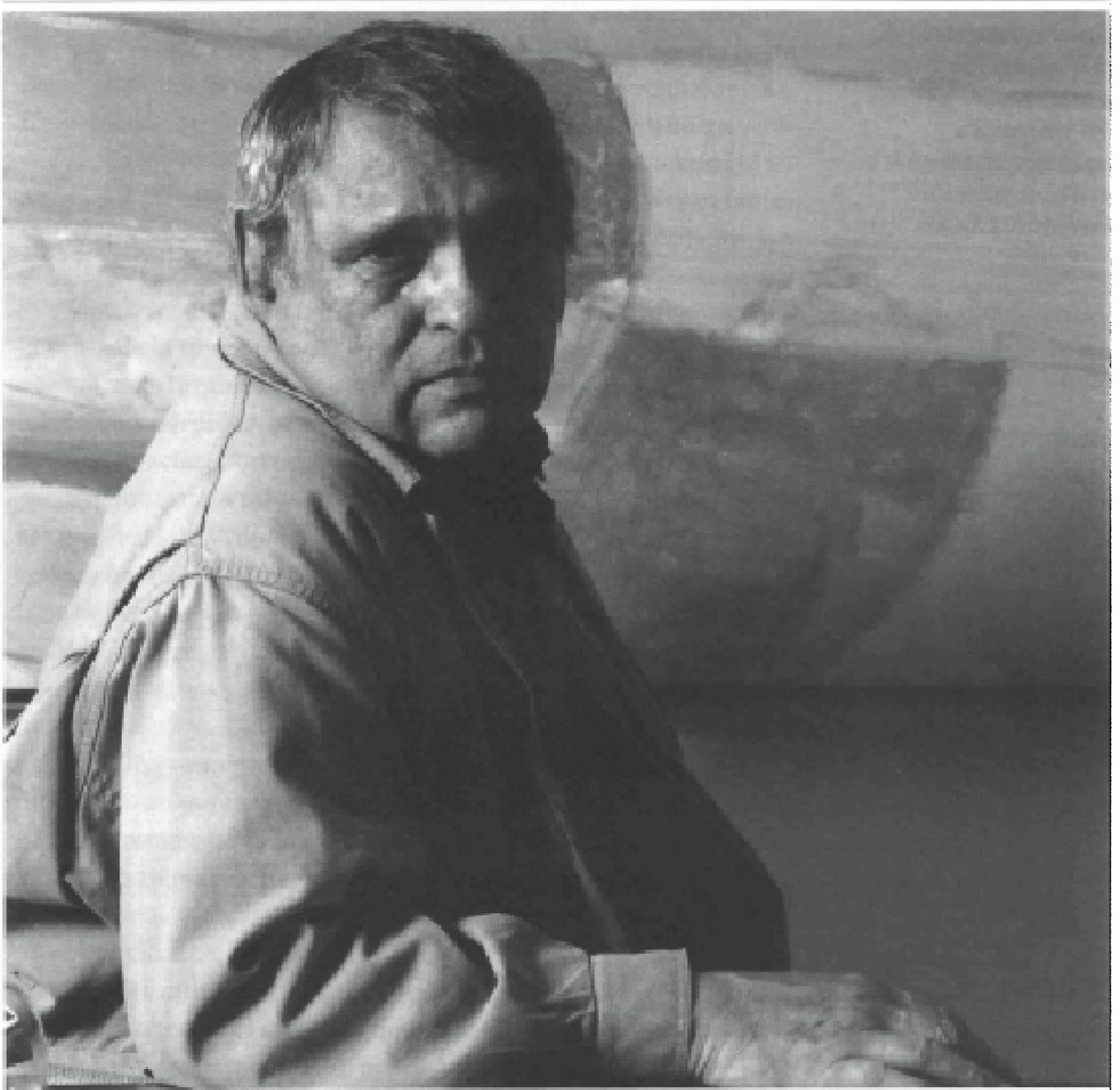


---

*Con la mirada en el porvenir*

---





Barquisimeto, 1930. Poeta.  
Premio Nacional de Literatura.  
Su poesía y su prosa  
están publicadas en:  
*Obra entera* (2000).

---

*Sobre la barbarie*

---

*Primero, insisto en que debemos asombrarnos  
ante el horror de este siglo.*

George Steiner

HOY SE DISCUTE MUCHO sobre la barbarie. Se le dedican numerosos artículos, ensayos y libros. Por mi parte, desde hace tiempo me había prometido reflexionar sobre este tema, si es que tema puede designar lo abominable.

Voy, pues, a intentarlo, en compañía de algunos autores, y en pos, si no de respuestas, al menos de aproximaciones. Dar a conocer sus puntos de vista es mi mayor interés. Con ellos se entrelazarán mis observaciones.

Una de las dificultades para afrontar tan complejísimo fenómeno es la amplitud de su espectro –como se verá cuando convenga demorarse en este punto– lo que no facilita una definición, paso previo para lograr un esclarecimiento. Es preferible entonces ir bordeando el significado de la palabra barbarie sin precisarlo anticipadamente, antes bien haciéndolo surgir de los diversos enfoques que han de aparecer a lo largo de estas reflexiones.

El libro de Theodor Adorno, *Educación para la emancipación*, puede ser un punto de arranque, pues se dirige contra las múltiples formas de barbarie, pero sobre todo contra la que sobrepasa las mayores atrocidades de la historia, la del nazismo, la espantosa del Holocausto. Lo que Adorno busca –no estoy seguro de que la encuentre– es una vía que torne imposible la repetición de un hecho que se puede considerar la expresión máxima del horror. Trataré de resumir y de ir comentando algunas de sus ideas.

Adorno piensa que es mediante la educación como puede lograrse que el ser humano no caiga en una barbarie semejante a la representada por el nazismo, y educación es para él “consecución de una conciencia cabal”, que sería resultado de un proceso formativo esencialmente crítico, tendiente a estimular, preservar y robustecer lo individual protegiéndolo de toda “identificación ciega con lo colectivo” como también a propiciar la autonomía personal, es decir, la emancipación.

En suma, lo que la educación ha de buscar, según Adorno, es liberar al ser humano de esa minoría de edad que a veces suele prolongarse hasta la vejez y la cual abona el terreno para el surgir de dictadores, figuras mesiánicas o simplemente gobernantes que se consideran portadores de una misión histórica. En su concepción no tienen cabida las grandiosidades destinadas a nutrir egos insaciables. Una frase suya me parece digna de sustraerla al olvido y tenerla a la vista. Es



---

esta: “una democracia exige personas emancipadas”, vale decir, seres que hayan alcanzado de veras y no sólo por acumulación de cumpleaños, mayoría de edad, lo que es clave para evitar los extravíos colectivos.

También importa mucho destacar que Adorno rechaza el nacionalismo, lo encuentra anacrónico en esta época de asombrosa comunicación internacional y uniones supranacionales, que por cierto se han desarrollado más desde 1970, fecha en que se publicó su libro. En Venezuela, por cierto, se observa una contradicción rayana en lo absurdo: una prédica de unidad continental con signo bolivariano y

un nacionalismo en alza que a veces llega a ser ofensivo en algunas de sus manifestaciones. De ahí que tal proyecto de unidad de los “países hermanos”, no rebase la retórica insustancial de los discursos, mientras el nacionalismo se mantenga intacto. Venezuela tendrá que tomar otro camino, ajeno a ese morbo que aqueja a todas las naciones a tal punto que tal vez no sea exagerado consi-

---

***Desde hace tiempo me había prometido reflexionar sobre este tema, si es que tema puede designar lo abominable.***

---

derarlo su otra religión, la cual, por añadidura, lleva en su seno la guerra. Yendo más lejos, Adorno afirma: “El clima que más favorece la repetición es el nacionalismo resurgente”. Como ha ocurrido en Yugoslavia, al desintegrarse, donde el crimen de cuño racista ha campado a sus anchas, y de hecho han seguido apareciendo brotes semejantes en otros lugares del planeta.

En su *Discurso de la pérdida*, Günter Grass señala la gravedad que ello tiene y recuerda el crimen cometido por una turba de más de quinientos radicales de derecha que incendiaron un asilo de inmigrantes quemándolos vivos en la ciudad de Rostock, ante numerosos ciudadanos que aplaudían la horrorosa acción, trágicamente reveladora de que el odio racista y xenófobo subsisten en Alemania. Hechos como este hacen que cobren fuerza las pandillas de jóvenes neonazis, los cabezas rapadas.

Apenas acababa de escribir este párrafo cuando leí en *El Nacional* una información según la cual es probable que el gobierno alemán disuelva el partido de la ultraderecha, lo que indica la actualidad y la magnitud del problema. Ese mismo día trajo el estremecedor artículo de Vargas Llosa sobre el asesinato a golpes de un africano por tres jóvenes alemanes, y para colmo la noticia de que en el centro de Caracas se repartieron unos volantes de un “Frente bolivariano” que llaman a agredir a los extranjeros residentes en Venezuela. Seguramente el gobierno le pondrá coto a esa ominosa demencia.

También en Estados Unidos, uno de los países cuya contribución fue decisiva en la derrota de Alemania, existe un movimiento neonazi desde hace cinco décadas. Increíble ¿verdad? Hay 537 “grupos de odio” –así se llaman– dedicados a propagar su mensaje y a otras actividades. Su dirigente es William Pierce, autor del libro *Diarios de Turner (Turner’s Diaries)*, lectura principal del terrorista que destruyó el edificio en Oklahoma City. Hoy cuentan con los poderosos medios de comunicación modernos –TV, redes interactivas– para difundir sus “ideas”. Parece

que reclutan muchos futuros militantes en las cárceles. Como se ve, la imbecilidad no cesa.

España tampoco está exenta. Un muro de 9 kilómetros excluye de la vida ciudadana a numerosos habitantes y se efectúan deportaciones de familias gitanas a lugares insalubres, según denuncia de Carlos Martín Ramírez en el epílogo del *Discurso de la pérdida*.

Retomo el hilo. A Adorno no se le ocultan las debilidades de la democracia. Considera que exponerlas y tenerlas presente debe formar parte de la educación que propone, no sin antes plantearse si no tiene algo de usurpatorio que alguien se adjudique “el derecho de decidir para qué tienen otros que ser educados”, vacilación poco comprensible porque no se puede tener dudas en lo que atañe a su preocupación central: educar con miras a impedir que sea posible cualquier forma de barbarie, y sobre todo alguna que se parezca a la que tuvo lugar en Alemania. En América Latina, para citar un caso reciente, los militares argentinos y chilenos cometieron crímenes que los emparentan con los nazis.

Si bien Adorno se muestra freudiano, su defensa de la individualidad es muy afín a la concepción de Jung, aunque tal vez no lo reconocería, pero incluso usa el mismo término característico de Jung al decir que “la sociedad premia hoy en general la no individuación, premia a los que hacen lo que todos hacen” (p. 103) y cuando se refiere a la frialdad universal de que padecen los seres humanos, la cual les impide amar suficientemente, pienso en el planteamiento de un junguiano, A. Guggenbühl-Craig, en su libro *Eros en muletas (Eros on crutches)* sobre la psicopatía como afección también general de la que el individuo debe tomar conciencia en su proceso de autoconocimiento.

Una idea importante de su interlocutor Hellmut Becker, en un capítulo que es un diálogo entre Adorno y él, es la de que la educación “no debería estar separada... de los planteamientos de la psicología profunda”, pero no queda claro cuál tiene en mente, porque así se designa sobre todo la de Jung, ya que la de Freud se llama usualmente psicoanálisis.

Importa a este respecto señalar que los políticos son muy reacios a valorar la psicología. ¿Se habrá analizado alguno en nuestro país? Tal vez le temen a verse, pero el análisis iluminaría sus propias actividades y los tornaría más autoconscientes.

Aunque Adorno se resiste a definir la barbarie, ante la insistencia de Becker dice: “mi sospecha es que existe siempre barbarie allí donde se produce una recaída en la fuerza física primitiva, sin que tal fuerza esté en una relación transparente con fines racionales de la sociedad, esto es, allí donde viene dada la identificación con la irrupción de fuerza física”. Así pues, no considera las rebeliones estudiantiles como expresiones primitivas de violencia porque son “fruto de una reflexión política”, pero un público que insulta a gritos a un equipo ajeno de fútbol cuando gana, incurre en barbarie. La definición de Adorno se me antoja limitada, pero sus

---

ejemplificaciones la ensanchan. Hay manifestaciones de barbarie como la citada en que la violencia es meramente verbal.

Adorno me deja una duda: ¿la barbarie de las revoluciones estaría justificada por respaldarlas una concepción política? Oigámoslo una vez más para captar mejor su idea: “al hablar de barbarie estoy pensando en algo muy simple, en el hecho, concretamente, de que en el estado de civilización técnica altamente desarrollada, los seres humanos han quedado de un modo curiosamente informe por detrás de su propia civilización. Y no sólo en el sentido de que una abrumadora mayoría no haya conseguido la conformación que corresponde al concepto de civilización, sino en el de que están poseídos por una voluntad de agresión primitiva, por un odio primitivo o, como suele decirse de modo más culto, por un impulso destructivo que contribuye a aumentar todavía más el peligro de que toda esta civilización salte por los aires, algo a lo que, por lo demás, ya tiende por sí misma. Impedir esto me parece algo tan urgente que subordinaría a ello los restantes ideales específicos de la educación”.

En realidad, barbarie para Adorno es sobre todo lo extremo: el prejuicio delirante, la represión, el genocidio, la tortura. Quedan fuera entonces manifestaciones que ensanchando el espectro, deben incluirse dentro de la idea de barbarie, que por lo demás es lo que de manera espontánea hace la gente. En Venezuela, las conocemos bien. Es barbarie la delincuencia que azota al país desde hace años o la corrupción o burlar la ley o dañar el ambiente o la violencia policial o el engaño al fisco o las trampas electorales o el desprecio a las minorías por las mayorías o el maltrato a la mujer y al niño, en fin, sería imposible enumerar todos los actos de barbarie que suelen cometerse.

A la gama del horror encabezada por el Holocausto y las demás atrocidades del nazismo pertenecen también los campos de concentración de la Unión Soviética de Stalin, la hambruna provocada por la política de Mao Tse Tung que causó la muerte de 40 millones de personas, sin que faltase el canibalismo, así como su aterradora revolución cultural, las matanzas de Pol Pot en Camboya, la guerra de Estados Unidos contra Vietnam, los asesinatos con fines de limpieza racial en la otrora Yugoslavia, el etnocidio en Ruanda donde fue asesinado con machetes un cuarto de millón de sus habitantes, según lo afirma el escritor Wole Soyinka en el libro *Fin de siglo*. Hechos similares han ocurrido en Liberia, Somalia, Burundi, y en Indonesia donde se calcula que ha habido medio millón de asesinatos por razones políticas, tribales o ideológicas. Los colombianos llevan más de medio siglo matándose y Guatemala, El Salvador y Nicaragua han sido escenarios de guerras. La de Venezuela es del hampa contra los ciudadanos. Arroja una quinientas víctimas mensualmente. A todo ello se suma el terrorismo en el mundo. En su libro *Errata*, George Steiner dice que entre 1914 y el cierre de los gulags perecieron en Europa, según cálculo moderado 75 millones de hombres, mujeres y niños, a tiros, por bombardeos, hambre, asfixia en cámaras de gas, deportaciones, sin contar las víctimas

que no murieron. En la Primera Guerra Mundial sólo en Verdún quedaron quinientos mil cadáveres.

Estos hechos forman parte de la inhumanidad que puede desatarse en el ser humano –nunca sabemos en qué lugar del planeta será la próxima eclosión de violencia– y creo que las guerras y revoluciones con sus héroes deben incluirse en este mismo ámbito del horror. ¿No fueron criminales los conquistadores? ¿Se sabe el número de seres humanos que mató Napoleón? ¿Cuántas muertes tienen en su haber los héroes? Para decir esto he tenido que colocarme fuera de la historia; desde dentro de ella, y esta es su celada, caemos en explicaciones que lo justifican todo.

El breve recorrido que he hecho por el infierno del siglo, omitiendo muchos datos, tiene viso de danza de la muerte cuyo acompañamiento está constituido por ideas que han hecho presa en lo colectivo, y para la cual no se vislumbra término. Se puede ejecutar en cualquier lugar del planeta, pero como nunca sabemos en cuál ni cuándo, siempre somos sorprendidos por la macabra escenificación. Es la “negra leche” del poema de Paul Celan que bebemos a toda hora, al leer el periódico, al ver los noticieros televisivos, al oír la radio; es la gigantesca sombra del siglo XX.

El sombrío recuento, muy reducido, como dije, porque el horror resulta inabarcable, no debe omitir otro aspecto que caracteriza bastante a nuestra época: el uso del átomo con fines de destrucción masiva. El 6 de agosto de 1945 fue lanzada desde un avión norteamericano sobre Hiroshima, una bomba de tal potencia que la destruyó totalmente. En adelante la humanidad iba a vivir con la pavorosa certidumbre de que ya su aniquilación era posible. Unos años después aquella arma poderosa parecería rudimentaria al lado de las que iba a crear la inteligencia humana dedicada a la industria de la muerte.

Con el lanzamiento de la bomba atómica sobre la ciudad japonesa terminó la Segunda Guerra Mundial. Ha sido la última. Hasta hoy el miedo le ha servido de protección a la humanidad, aunque el peligro no ha cesado. Varios países poseen una enorme provisión de armas atómicas. En especial Estados Unidos y Rusia cuentan con un arsenal de cohetes, cada uno con varias cabezas nucleares que aun reduciéndolos a la mitad como se propone en el acuerdo, todavía sin firmar por Rusia, sobran para destruir el planeta. Mientras tanto permanecen sin ser empleadas porque no ha habido ningún conflicto entre países considerados como potencias atómicas, pero además son tan eficaces que probablemente acabarían con el mismo que las usara. La estupidez del inteligente ser humano no había llegado tan lejos: sigue fabricando un arma sólo utilizable como amenaza. Hasta la India, país tenido por el más religioso de la tierra, ha ingresado orgullosamente en el círculo infernal, como también Paquistán, su vecino, poco después. Ambos han

---

*Es barbarie la delincuencia que azota al país desde hace años o la corrupción o burlar la ley o dañar el ambiente o la violencia policial o el engaño al fisco o las trampas electorales o el desprecio a las minorías por las mayorías o el maltrato a la mujer y al niño, en fin, sería imposible enumerar todos los actos de barbarie que suelen cometerse.*

---

---

iniciado una competencia económicamente costosísima en medio de la miseria de sus pueblos, sólo para decidir cuál amedrenta más.

Es también muy revelador de la condición humana que las naciones se planteen la reducción de las armas atómicas y no su eliminación.

Hoy leo en un periódico que el candidato republicano a la presidencia de Estados Unidos piensa impulsar con renovado brío, porque el proyecto estaba un poco marginado, el sistema de defensa llamado pomposamente Guerra de las Galaxias. ¡Qué pretensión la del enano cuando todavía no ha salido del Sistema Solar! Vuel-

ta, pues, al letal juego de siempre.

En la última guerra mundial desembocaron más de dos mil años de historia durante los cuales no cesaron de sonar los tambores que convocan a las naciones para el rito sangriento. Hubo, por supuesto, largos períodos de paz, si no la vida hubiera sido inconcebible, pero en ellos estuvo siempre latente la guerra porque parece formar parte de la estructura misma del ser humano. Por cierto, no es la lucha de clases, como quería Marx, la nota dominante en la historia, sino el enfrentamiento bélico entre naciones, aunque desde luego también haya habido guerras civiles.

He mencionado a Steiner. Él ha vivido, como Adorno, bajo el efecto del horror nazi, pero descreo de la cultura como respuesta eficaz a la barbarie. Su argumento es bastante conocido: muchos de los nazis, incluyendo algunos que dirigían los campos de exterminio o

eran funcionarios allí, leían a grandes escritores, disfrutaban la música clásica o se extasiaban ante las obras de los grandes pintores. ¿Cómo explicar entonces su conducta, pues revela que la cultura no le cierra el paso a lo monstruoso? Se ha pensado que en los nazis se produjo una escisión de la personalidad mediante la cual una parte de ella funcionaba separada de la otra, como si se tratara de dos personas, una diabólica, otra normal, que actuaran cada una por su lado, sin comunicarse, fenómeno que anticipó genialmente en su novela Robert L. Stevenson, quien sabía muy bien lo que era el mal. Pero la pregunta que me parece necesario hacerse es esta: ¿eran realmente cultos los nazis? No lo creo, porque cultura es esencialmente sensibilidad y ella debe acompañar sus otros componentes. Su ausencia invalida el resto.

Un libro de Steiner, *La barbarie de la ignorancia*, por su título mismo parece contradecir su escepticismo. Se trata de un diálogo entre él y Antoine Spire. El libro apunta hacia una asociación innegable dado que barbarie e ignorancia suelen ir de la mano, y al mismo tiempo sugiere que la cultura puede ser un antídoto contra aquella. ¿Pero ha sido así? Recordemos que el principal escenario de las dos guerras mundiales fue el continente más culto. De allí que Steiner se pregunte “por qué las humanidades, en el sentido más amplio de la palabra, por qué la razón de las ciencias no nos han dado protección alguna contra lo inhumano?”

---

***Hoy, terminando el siglo y después de presenciar sus horrores, sólo pienso en términos de individuo, de lo que ocurra en él, de lo que él puede hacer. Creo que lo decisivo es su trabajo interior, ese lidiar con su psique, su disposición para verse sin mentirse, su apertura al misterio.***

---

Uno de los intentos de explicación de la destructividad humana más recientes y divulgados es el de Arthur Koestler. Lo expuso en el ensayo “La explosión cerebral”, resumen, de la introducción a su libro *Janus*. Este escritor vivió, como pocos la tragedia de nuestro siglo, y ya de vuelta de sus experiencias límite, se dedicó a la investigación científica y a la difusión de sus ideas.

En su empeño de entender el por qué de la violencia humana, que tiene su expresión más acabada en las guerras –ha habido más de quince mil en la historia según la cuenta de un acucioso– recurre a la hipótesis neurofisiológica de Papez-Mac Lean, de Maryland, según la cual el cerebro del hombre posee estructuras arcaicas semejantes a las de los reptiles y mamíferos inferiores y la neocorteza propiamente humana, pero entre ellas no hay una coordinación adecuada, de modo que a veces esta coexistencia se vuelve conflictiva y puede llevar a la violencia. En otras palabras, la naturaleza dotó al hombre de tres cerebros, el más antiguo es el del reptil, el segundo procede de los mamíferos inferiores y el tercero, la corteza, se desarrolló posteriormente constituyendo lo que Koestler llama explosión cerebral –por formarse rápidamente, en pocos millones de años– la cual produjo una especie mentalmente desequilibrada, con un cerebro reciente, sede del pensamiento, y dos cerebros primitivos sobre los cuales aquél no tiene un poder definido. Hay entonces un “conflicto crónico entre el pensamiento racional y las creencias irracionales” sustentadas estas últimas por las estructuras arcaicas.

Koestler añade otras ideas para explicar la conducta del hombre. Su dependencia prolongada durante la niñez deja en él una impronta que lo hace proclive a someterse fácilmente a la autoridad de individuos o grupos. Lo cual empalma con lo dicho sobre la minoría de edad.

También señala otro factor condicionante: el ambiente. Éste determina su sistema de creencias: una fe, un ética, una *Weltanschauung*, sin que el razonamiento crítico juegue mayor papel. “Los sucesivos desastres en la historia del hombre –dice Koestler– se deben fundamentalmente a su excesiva capacidad y urgencia de identificarse con una tribu, nación, iglesia o causa y abogar por su credo emocionalmente, sin crítica... Así somos llevados a la poca novedosa conclusión de que el problema de nuestra especie no es un exceso de *agresión*, sino una excesiva capacidad de fanática *devoción*...” Así pues, es inmenso “el número de masacrados por la desinteresada lealtad a la propia tribu, nación, dinastía, iglesia o ideología política, *ad majorem gloriam Dei*”. Como bien se sabe, una idea, una causa, una persona, pueden tomar el puesto de Dios cuando se absolutizan.

Koestler desecha, por falta de pruebas, la idea freudiana de que las guerras son causadas “por agresivos instintos reprimidos en busca de una salida”, así como la teoría que ve el origen de la guerra en la necesidad que tiene el hombre de defender su tierra; a él lo mueve más bien su devoción a símbolos, a *slogans* políticos o de otra clase. Sobre todo cuando se identifica con un grupo puede transformarse en asesino.

Cito algunas informaciones de Koestler que, por su permanente vigencia, merecen ser atendidas. "Las guerras no se libran por territorios sino por palabras"... "El arma más mortífera del hombre es el lenguaje. El hombre es susceptible de ser hipnotizado por slogans como si fueran enfermedades infecciosas... Las palabras de Adolf Hitler fueron los agentes más poderosos de destrucción en su época. Sin las palabras no habría poesía, tampoco guerra. El lenguaje representa el factor principal de nuestra superioridad sobre los hermanos animales y, en vista de su fulminante potencialidad emocional, una constante amenaza a la supervivencia". ¿Cómo no recordar aquí a Hölderlin para quien el lenguaje es "el más peligroso de los bienes"? Peligroso, en mi sentir, porque puede dirigirse contra el Ser, porque puede producir yerros costosos para la vida de los pueblos, porque puede, en vez de aproximarnos a nuestra realidad, llevarnos al autoengaño si no se usa verazmente.

Según Koestler el desarreglo mental del *homo sapiens* que explica nuestra catastrófica historia, no se encuentra en ninguna otra especie, y no le parece utópico que se descubra alguna vez una combinación de enzimas que "suministre a la neo-corteza un veto en contra de las locuras del cerebro arcaico". Pone, pues, su esperanza en la ciencia, lo que no deja de ser una derrota, pues se trataría de un recurso artificial.

Me parece que la hipótesis de Koestler adolece de una inconsistencia básica. Culpa del desastre humano a los dos cerebros arcaicos que serían el asiento de la violencia, al no estar totalmente subordinados a la neocorteza, base del yo, pero luego atribuye la agresividad a la devoción acrítica a alguna causa. La responsabilidad está entonces en el yo, puesto que los otros cerebros inculcados son inconscientes, no tienen que ver con el mundo de las ideas, son ancilares.

A decir verdad no existe una explicación satisfactoria de la destructividad y aun habiéndola no traería una solución. El conocimiento de la causa no disuelve el efecto. Al ser humano sólo le queda un camino: seguir lidiando con su patología.

El sufrido lector que haya llegado hasta aquí estará preguntándose qué relación tiene lo expuesto con Venezuela, objeto principal de estos estudios, ya que a primera vista luce ajeno a nuestro devenir como nación. ¿Será de veras así? Ciertamente, no hemos tenido por fortuna experiencias comparables a las que he recordado, pero la barbarie ha sido y es parte de nuestra historia. Estuvo presente en la conquista. Reapareció explosivamente durante la Guerra de Independencia que destruyó lo que comenzaba a ser un país. Se prolongó una vez concluida, por obra de los héroes trocados en caudillos, que no sabiendo sino guerrear, carecían de la preparación para construir una república. Antonio Arráiz dice en su último libro *Los días de la ira*, bastante inadvertido por cierto, que durante 74 años, de 1830 a 1903, Venezuela padeció 39 revoluciones; así llama él las revueltas de importancia, aquellas que "a) se desarrollaron en escala nacional, b) su propósito era derrocar el gobierno, y a veces lo consiguieron; c) duraron por lo menos 30 días y d) en ellas

intervinieron por lo menos 500 hombres de tropa en ambos bandos”. Arráiz las enumera minuciosamente. Además de ellas se suman “127 alzamientos, desconocimientos, cuartelazos, asonadas, invasiones y motines” de variada duración. Fueron en total 166 revueltas, contando las importantes y las menores, pero al lado de ellas hubo grandes movimientos de tropa. En 1848 Monagas movilizó 12.000 hombres contra Páez. En la Guerra Federal proliferaron guerrillas en todo el territorio nacional. Zamora tenía 3.500 hombres en la batalla de Santa Inés. El ejército más numeroso que se vio en Venezuela fue el de Guzmán Blanco, en 1874 en Coro, de 22.000 hombres. Después, en 1879, la revolución “reivindicadora” reunió 14.000; el ejército legalista de Crespo en 1892 era de 11.000, la “libertadora” levantó 14.000. Dice Arráiz que si los días de guerra se contasen de manera seguida sin las interrupciones de la paz, sumarían 24 años y medio de guerra. En todo el siglo, para decirlo con los versos de Borges, “Vencen los bárbaros, los gauchos vencen”, y tenía que ser así, tenían que ganar, porque estaban de lado y lado, siendo el país el único perdedor. Siempre estamos bajo el efecto del pasado, pero sobre todo ese siglo causó un daño enorme –no sé si remediable– cuyas repercusiones todavía sufrimos hoy. ¡Qué despilfarro de tiempo! Hubiera podido emplearse en crear una nación consciente, madura, culta.

---

*“Una democracia exige  
personas emancipadas”*

---

En cuanto a nuestro siglo sus dos dictaduras constituyen dechados de barbarie, aunque no les faltan valedores que se afanan por absolverlas; son los que nunca sintieron la infinitud de la vida humana. Ambas impidieron, por medio del terror, toda forma de convivencia política civilizada. La historia es hartamente conocida para detenerme en ella.

Tampoco es la barbarie sólo atribuible a esas dictaduras; en los demás períodos también la hubo aunque no son comparables con ellas; además la denuncia era posible y podía operar a modo de freno.

Después de este recorrido es natural preguntarse hoy, en el umbral del siglo XXI, qué se puede hacer ante la barbarie, y no creo que haya una respuesta definitiva. Hay quienes piensan que es posible un cambio de mentalidad que no se quede en la superficie, en el nivel de las ideas. Lo que hemos vivido en esta época basta para desengañarlos. Ya sabemos que el hombre nuevo de que se ufana el país socialista modelo no era tal, seguía siendo el hombre de siempre con el agravante de estar privado de libertad, aterrado por el *big brother*, aplastado por el leviatán totalitario, luego el Partido, y su líder, el nuevo dios quien había decidido que representaba al pueblo, la revolución, la historia, el futuro, la verdad, el paraíso y era el único que en realidad hablaba; a los demás sólo les correspondía oír porque habían perdido el idioma. Semejantes encarnaciones son funestas. El hombre nuevo era, pues, un ser mutilado que ni podía sacar del pecho su voz.

Es evidente que todas las revoluciones han sido un fracaso, además con un costo incalculable de sangre, pero todavía hay personas, casi siempre generosas, que creen en la de nuestro tiempo. Tal vez piensan que la próxima será distinta, que la

libertad será preservada, que se evitarán los errores cometidos por las anteriores, y por fin las mañanas cantarán, pero de hecho lo que hacen es perder el presente, el otro nombre de la vida, sacrificándolo en nombre de una fantasmagórica tierra. Podrían optar por la evolución, pero ella no es espectacular, no posee rebrillos alucinantes, no se presta para el lucimiento del yo, no brinda muchas ocasiones para los discursos excesivos, no alienta esa *hybris* que los dioses castigan. Es modesta, es prudente, es cívica. Adolece de lentitud acaso porque sabe que los procesos necesitan más tiempo del que exige la impaciencia, la cual a veces por apresuramiento

**¿La barbarie de las revoluciones estaría justificada por respaldarlas una concepción política?**

daña lo que intenta hacer, considera bárbaro lo de que el fin justifica los medios, pues son éstos los que determinan los fines; la calidad de los medios es crucial. Cree más en la intrahistoria que en la historia, y a diferencia de la revolución que, inexplicablemente, olvidando a Marx, le rinde culto al nacionalismo, lo hace a un lado

porque entorpece la amistad entre los pueblos, de suyo difícil, y en nuestro tiempo hay una razón más, de enorme peso, que lo condena: mientras exista es imposible salvar el planeta, pues hasta ahora los egoísmos nacionales han sido más poderosos que el instinto de sobrevivencia de los seres humanos.

Hoy, terminando el siglo y después de presenciar sus horrores, sólo pienso en términos de individuo, de lo que ocurra en él, de lo que él puede hacer. Creo que lo decisivo es su trabajo interior, ese lidiar con su psique, su disposición para verse sin mentirse, su apertura al misterio.

André Malraux nos dejó dicho que el siglo que viene será religioso o no será. Habría que averiguar el significado que tiene esa palabra para él, pues las religiones también han dividido a la humanidad y causado guerras, como los nacionalismos y las ideologías. Aún hoy existen pugnas entre ellas pese a los esfuerzos de la cordura por lograr que pierdan relieve las diferencias y lo esencial ocupe el sitio que le corresponde, pero todavía están lejos de alcanzar ese punto. Más bien nos espera una creciente proliferación de sectas, paradójicamente en la época de mayor desarrollo científico y tecnológico alcanzado por el hombre. A propósito, el estudio más esclarecedor y profundo que conozco sobre sectas y sectarismo, pues va a su raíz arquetipal, es el de Rafael López Pedraza en su libro *Ansiedad cultural* al que me permito remitir el lector interesado en el tema. Presenciamos también el desarrollo de una espiritualidad a la que se designa como *New age*, bastante confusa por ser una mezcla donde corrientes serias coexisten con otras superficiales que, en vez de mostrar la realidad, sólo fomentan más la ilusión.

Todo parece apuntar hoy a la aparición de una nueva religiosidad al margen de iglesias, ritualismos, creencias, que en verdad no es tan nueva. Siempre ha existido. Sólo que ahora ha cobrado más fuerza. Es posible que siga en aumento y hasta llegue a caracterizar el próximo siglo en cuyo umbral nos encontramos, pero nadie puede conocer el futuro. A uno sólo le es dable hacer conjeturas.

## BIBLIOGRAFÍA

ADORNO, THEODOR W. (1998): *Educación para la emancipación*, Madrid, Ediciones Morata S.L.

ARRÁIZ, ANTONIO (1991): *Los días de la ira*, Valencia, Vadel Hermanos, Editores.

GARDELS, NATHAN P. (Editor) (1996): *Fin de siglo*, México, McGraw-Hill.

GRASS, GÜNTER (1994): *Discurso de la pérdida*, Madrid, Editorial Presencia Gitana.

KOESTLER, ARTHUR: "La explosión cerebral", copia multigráfica.

LISCANO, JUAN (1992): *Los vicios del sistema*, Valencia, Vadel Hermanos, Editores.

LÓPEZ PEDRAZA, RAFAEL (2000): *Ansiedad cultural*, Caracas, Festina Lente.

STEINER, GEORGE (en diálogo con Antoine Spire) (1998): *La barbarie de la ignorancia*, Madrid, TMM del taller de Mario Muchnik, Errata, Ediciones Siruela.

STEVENS, ANTHONY (1989): *The roots of war*, Nueva York, Paragon House.

